

á ese hombre en la obscuridad, diríase que había por mi parte injusticia ó prevención. Vuestros liberales alaban al señor Bonnet como si perteneciese á su partido, y quiero juzgar por mi mismo á ese apóstol rural. Id, pues, señores, á pedir de mi parte una prórroga al procurador general; esperaré su respuesta, y si la prórroga se nos concede, enviaré á Montegnac al abate Gabriel para que nos traiga á ese santo varón. De este modo podremos dar ocasión á Su Beatitud para que haga milagros.

Al oír este dicho del prelado, el abate Dutheil enrojeció, pero no quiso contestar nada á fin de no hacer más palpable el sarcasmo que encerraba. Los dos vicarios saludaron silenciosamente y dejaron al obispo con su favorito.

—Tengo para mí por indudable que los secretos que nosotros solicitamos de la confesión están encerrados allí,—dijo el obispo al joven cura señalándole las sombras de los álamos que tocaban en una casa aislada situada entre la isla y el arrabal de San Esteban.

—Siempre he pensado lo mismo,—respondió Gabriel. —No soy juez, no quiero ser espía; pero si hubiese sido magistrado, hubiese sabido el nombre de la mujer que tiembla ante todo rumor, ante toda palabra, y cuya frente permanece, sin embargo, tranquila y pura, só pena de acompañar al condenado al patíbulo. No obstante, puede estar tranquila: he visto á ese hombre y estoy seguro de que se llevará á la tumba el secreto de sus ardientes amores.

—¡Picaruelo! ¿no es verdad que la justicia debía haber dirigido sus miradas hacia aquel punto?—dijo el obispo acariciando la oreja de su secretario y señalándole un lugar situado entre la isla y el arrabal de San Esteban, lugar que estaba iluminado en este momento por un rayo rojo del sol poniente, y en el cual había fijado sus ojos el joven sacerdote.

—He ido á ver ese criminal para observar el efecto que le produían mis sospechas; pero está guardado por espías, y si yo hubiese hablado alto, hubiese comprometido á la persona por quien muere.

—Callémonos,—dijo el obispo,—nosotros no estamos encargados de administrar justicia humana. Basta con

una vida. Después de todo, tarde ó temprano, la Iglesia conocerá el secreto.

La perspicacia que el hábito de las meditaciones da á los sacerdotes es muy superior á la de los magistrados y policía. A fuerza de contemplar el teatro del crimen desde lo alto de sus terrazas, el prelado y su secretario habían acabado por penetrar detalles ignorados aún, á pesar de las indagaciones hechas en el proceso y de los debates del juicio oral.

El señor de Grandville estaba jugando al whist en casa del señor Graslín y fué preciso esperar su vuelta; su decisión no fué conocida por el obispo hasta media noche.

El abate Gabriel, á quien el obispo dió su coche, salió á las dos de la mañana para Montegnac. Esta aldea, que dista unas nueve leguas de la ciudad, está situada en esa parte del Limosin que prolonga las montañas de Correze y que confina con Creuse. El joven sacerdote dejó, pues, á Limoges presa de todas las pasiones movidas por el espectáculo prometido para el día siguiente y que no debía aun verificarse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPÍTULO III "ALFONSO REYES"
EL CURA DE MONTEGNAC
1.º ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los sacerdotes y los devotos tienen una tendencia á observar en materia de intereses los rigores legales. ¿Es pobreza? ¿es efecto del egoísmo á que les condena su aislamiento, y que favorece en ellos la tendencia del hombre á la avaricia? ¿es un cálculo de la mezquindad ordenada para poder ejercer así la caridad? Cada carácter ofrece una explicación diferente. Oculta muchas veces bajo la capa de graciosa candidez, descaradamente otras, esta tacañería se descubre, sobre todo, viajando. Gabriel de Rastignac, el hombre más guapo que se inclinaba sobre los altares hacia mucho tiempo, no daba más que seis reales de propina á los postillones, y por lo tanto iba muy despacio. Los postillones con-

ducen con mucho respeto á los obispos, que no hacen más que doblar el salario concedido por la ordenanza, pero no hacen correr gran cosa el coche episcopal por temor á ocasionar alguna desgracia. El abate Gabriel, que viajaba solo por primera vez, decía con mucha amabilidad en cada relevo:

—Señores postillones, ¡vayan ustedes más aprisa!

—Señor mío,—le respondió un anciano postillón,—nosotros no acostumbramos á manejar el látigo, á no ser que los viajeros manejen el pulgar.

El joven se hundió en el rincón del coche sin poder explicarse esta respuesta. Para distraerse, estudió el país que atravesaba, y anduvo á pie muchas de las cuevas por donde serpentea la carretera de Burdeos á Lyon.

Cinco leguas más allá de Limoges, después de pasadas las lindas vertientes del Vienne y las bonitas praderas del Limosín, que recuerdan á Suiza en algunos lugares, y particularmente en Saint-Leonard, el país toma un aspecto triste y melancólico. Empiezan á verse vastas é incultas llanuras y estepas sin hierbas ni caballos, pero rodeadas por las alturas de Correze. Estas montañas no ofrecen á los ojos del viajero ni la elevación casi perpendicular de los Alpes y sus sublimes desfiladeros, ni las cálidas gargantas y desoladas cimas del Apenino, ni la grandiosidad de los Pirineos; sus ondulaciones, debidas al movimiento de las aguas, acusan el apaciguamiento de la gran catástrofe y la tranquilidad con que las masas de fluido se fueron retirando. Este aspecto, común á la mayor parte de los movimientos de terreno en Francia, ha contribuido tanto como el clima á que Europa dé á nuestro país el calificativo de *dulce*. Si esta triste transición entre los paisajes del Limosín, los de la Marche y los de la Auvernia, brindan al pensador y al poeta que pasan por allí con las imágenes del infinito, y es el asombro de algunas almas; si convida á soñar á la mujer que se aburre en coche, para el natural del país, esta naturaleza es áspera, salvaje y carece de recursos. El suelo de estas grandes llanuras negruzcas es ingrato. La proximidad de una gran capital sería lo único que podría reproducir el milagro que se ha operado en Brie durante los dos últimos

siglos. Pero allí faltan esas grandes residencias que vivifican esos desiertos en que el agrónomo no ve más que lagunas, en que la civilización gime, y en donde el viajero no encuentra ni posada, ni lo que más le encanta, que es lo pintoresco. Las almas grandes no sienten repugnancia por estas landas, sombras necesarias en el vasto cuadro de la naturaleza. No hace mucho que Cooper, ese talento tan melancólico, describió magníficamente la poesía de esas soledades en su obra titulada *La pradera*. Estos espacios olvidados por la generación botánica y que cobijan en su seno infértiles despojos minerales, rocas vivas y tierras impropias para el cultivo, parecen retos hechos á la civilización. Francia tiene que encontrar la solución de estas dificultades, como los ingleses encontraron las que ofrecía Escocia, en donde su paciencia y su heroica agricultura han cambiado los más áridos matorrales en productivas granjas de labor. Abandonados á su salvaje é improductivo estado, estos barbechos sociales engendran el decaimiento de ánimo, la molicie, la debilidad por falta de alimentos y el crimen cuando las necesidades son grandes. En estas pocas palabras está resumida la historia antigua de Montegnac. ¿Qué hacer en un vasto páramo olvidado por la administración, abandonado por la nobleza y maldito para la industria? La guerra á la sociedad que desconoce sus deberes. Por esta razón los habitantes de Montegnac vivieron mucho tiempo del robo y del asesinato, como vivían en épocas anteriores los escoceses de las montañas. Al ver el aspecto que ofrece el país, cualquier pensador conoce la causa que impulsaba veinte años antes á los habitantes de esta aldea á vivir en guerra continua con la sociedad. Esta gran meseta, cortada por una parte por el valle del Vienne, por otra por los bonitos vallecitos de la Marche, después por Auvernia, y cercado por los montes correzianos, se parece, haciendo caso omiso de la agricultura, á la meseta de Beauce que separa el departamento del Loire del del Sena, á los de Turena y Berri, y á tantos otros, que parecen facetas de la superficie de Francia, y que son bastante numerosas para que ocupen la mente de los más grandes administradores. Parece imposible que se lamenten de la ascensión cons-

tante de las masas populares hacia las alturas sociales, y que un gobierno no encuentre remedio para esto en un país en que la estadística acusa muchos millones de ectáreas de barbecho, algunas de cuyas partes ofrecen, como en Berri, una capa de tierra fértil de siete u ocho pies de profundidad. Muchos de estos terrenos, que alimentarían á muchas aldeas, y que producirían inmensamente, pertenecen á ayuntamientos reacios, los cuales se niegan á venderlos á los especuladores para conservar el derecho de hacer pastar en ellos á un centenar de vacas. En todos estos terrenos sin destino está escrita esta palabra: *Incapacidad*. No hay terreno que no tenga alguna fertilidad especial. No son brazos y voluntad lo que faltan, sino la conciencia y el talento administrativo. En Francia, hasta ahora, estas mesetas han sido sacrificadas: el gobierno ha prestado su auxilio y ha llevado sus cuidados allí donde los intereses no necesitaban protección. La mayor parte de las desgraciadas soledades carecen de agua, primer principio de toda producción. Las nieblas y nubes, que podían fecundar estas tierras grisáceas y muertas descargando en ellas sus óxidos, las atraviesan rápidamente, llevadas por el viento, á causa de la falta de árboles que, en todas partes, sirven para atraerlas procurando al terreno sustancias alimenticias. En muchos puntos semejantes, plantar sería evangelizar. Separados de la ciudad más próxima por una distancia infranqueable para gentes pobres, y que ponía un desierto entre aquélla y éstos; no teniendo ninguna salida para sus productos, caso de que hubiesen producido algo; arrojados cerca de un bosque inexplorado que les daba leña y el inseguro alimento que se procuraban con la caza, los habitantes se veían amenazados por el hambre durante todo el invierno. Como las tierras no ofrecían la profundidad necesaria para poder cultivar el trigo, los desgraciados no tenían ni animales de labranza ni utensilios aratorios, y, por lo tanto, vivían de castañas. Finalmente, los que, abrazando en un museo el conjunto zoológico de las producciones, han sufrido la indecible melancolía que causa el aspecto de los colores negruzcos que caracterizan á los productos de Europa, comprenderán acaso lo mucho que tiene que influir la vista

de estas llanuras grisáceas sobre las disposiciones morales, á causa de la desolante idea de infecundidad que ofrecen incesantemente. No hay allí ni frescura, ni sombra, ni contraste, ni ninguna de las ideas y de los espectáculos que regocijan el corazón. Un mal manzano se acoge allí con la misma alegría con que acostumbra á acogerse á un amigo en momentos de soledad.

Una carretera vecinal, hecha recientemente, unía esta llanura á uno de los puntos de bifurcación de aquélla. Después de algunas leguas, y al pie de una colina, se encontraba Montegnac, capital de un concejo en donde principia una de las provincias de la Haute-Vienne. La colina depende de Montegnac, que sirve de punto de unión al terreno montañoso y á las llanuras. Este concejo es una pequeña Escocia con sus tierras altas y sus tierras bajas. Detrás de la colina á cuyo pie nace la aldea, y á una legua próximamente, se levanta el primer pico de la cordillera correzana. En este espacio de una legua está situado el bosque llamado de Montegnac, que empieza en la colina de Montegnac, la cubre descendiendo, llena los vallecitos y los áridos ribazos desiertos á intervalos, y por último, abraza el pico y llega hasta la carretera de Aubusson formando un lengua cuya punta muere en una vertiente de esta carretera. Desde esta vertiente se domina una garganta por donde pasa la carretera de Burdeos á Lyon. Muchas veces los coches, los viajeros y los peatones se habían visto atracados en el fondo de esta peligrosa garganta por ladrones cuyos golpes de mano quedaban impunes: el paraje les favorecía, y, marchando por senderos conocidos solamente por ellos, ganaban las partes innacesibles del bosque. Un país semejante ofrecía pocas probabilidades de éxito á las investigaciones de la justicia. Casi nadie pasaba por allí. Naturalmente que sin circulación no podía existir allí industria, comercio, cambio de ideas, ni ninguna clase de riquezas: las maravillas físicas de la civilización son siempre resultado de ideas primitivas aplicadas. El pensamiento es constantemente el punto de partida y el de llegada de toda sociedad. La historia de Montegnac es una prueba de este axioma de ciencia social. Cuando la administración pudo ocuparse de las necesidades urgentes y materiales del país, arrasó aquel

largo bosque y puso allí un puesto de gendarmes, que acompañó á la correspondencia; pero, para vergüenza de la gendarmería, fué la palabra y no el castigo, fué el cura Bonnet y no el sargento Chervin el que ganó aquella batalla civil, cambiando la moral de la población. Este cura, animado de ternura religiosa por este pobre país, se propuso regenerarlo, y lo logró.

Después de haber viajado durante una hora por aquellas llanuras, pedregosas y terrosas alternativamente, en donde las perdices campaban por sus respetos por bandas, dejando oír el sordo y pesado ruido de sus alas, levantándose y echándose á volar cuando sentían que se aproximaba el coche, el abate Gabriel, como todos los viajeros que han pasado por allí, sintió cierto placer al divisar los tejados de la aldea. A la entrada de Montegnac existe uno de esos curiosos puntos de parada de las postas, que no se ven más que en Francia. Hállase anunciada por medio de una tabla de encina, en la cual un pretencioso postillón ha grabado con tinta negra las siguientes palabras: *Posta y relebo de cavallos*; dicha tabla está clavada por sus cuatro esquinas sobre la puerta de una cuadra sin caballos. La puerta, que está casi siempre abierta, tiene por umbral una tabla que cae perpendicularmente al suelo para garantizar de las inundaciones pluviales el suelo de la cuadra, que está más bajo que el del camino. El desolado viajero puede ver en dicha cuadra unos arneses blancos, muy usados y remendados, y dispuestos á ceder al primer esfuerzo que hagan los caballos. Estos están tirando del arado, ó en la pradera, siempre en cualquier parte, menos en la cuadra. Si por casualidad están en la cuadra, es que están comiendo: si han comido, el postillón está en casa de su tía ó en la de su prima, ó acarreado hierba que le ha de servir de lecho; nadie sabe nunca dónde está, es preciso esperar á que vayan á buscarle, y aun así no vuelve hasta después de haber acabado la labor empezada; después que ha llegado, pasa una infinidad de tiempo antes de que haya encontrado su chaqueta ó su látigo, ó que haya aparejado sus caballos. A un paso de la casa una mujer gruesa se impacienta más que el viajero, y, para evitar su enojo por la tardanza del postillón, se da más prisa de la que han de darse los

caballos. Al verla, siempre se imagina uno hallarse delante de la dueña de la posta cuyo marido está en el campo. El favorito de monseñor dejó su coche en una cuadra de este género, cuyas paredes parecían un mapa geográfico, y cuyo tejado estaba cubierto con cañas y hierba como si fuese una cabaña. Después de haber rogado á la dueña que lo preparase todo para su marcha, que tendría lugar una hora después, le preguntó por el camino del presbiterio. La buena mujer le enseñó entre dos casas una callejuela que conducía á la iglesia; el presbiterio estaba al lado.

Mientras que el joven sacerdote subía este sendero lleno de piedras y costado por matorrales, la dueña de la posta le hacía preguntas al postillón. Desde la salida de Limoges cada postillón había ido anunciando á su sustituto las conjeturas del obispo promulgadas por el postillón de la capital. De modo que mientras que en Limoges se levantaban los habitantes hablando de la ejecución del asesino del padre Pingret, la gente de las aldeas, situadas á uno y otro lado de la carretera, anunciaban el indulto del inocente, obtenido por el obispo, y charlaban de los pretendidos errores de la justicia humana. Cuando más tarde fuese ejecutado Juan Francisco, es muy fácil que aquella gente llegase á considerarle como mártir. Después de haber dado algunos pasos y de haber dejado atrás este sendero, enrojecido por las hojas del otoño y abundante en moras y ciruelas silvestres, el abate Gabriel se volvió maquinalmente obedeciendo á ese instinto que nos ordena á todos que nos demos cuenta y conocimiento de los lugares que visitemos por primera vez, especie de curiosidad física innata de que participan también los caballos y los perros. Se explicó en seguida la situación que ocupaba Montegnac por unos manantiales que brotan en la colina, y por un riachuelo paralelo al camino vecinal y que une la capital del concejo á la prefectura. Como las de todas las aldeas de esta meseta, las casas de Montegnac están construidas por una especie de ladrillos formados por tierra seca al sol. Después de un incendio, una habitación quedaría reducida á una construcción de ladrillos verdaderos, pues adquirirían la cocción que les falta. Los tejados son semejantes á los de todas las ca-

bañas, es decir, formados con cañas y paja. Todo anunciaba allí indigencia. Antes de entrar en Montagnac se veían varios campos sembrados de centeno, de rábanos y de patatas. Al empezar la pendiente de la colina vió algunas praderas de regadío, en donde se crían esos célebres caballos limosinos que fueron, según se dice, un legado de los árabes cuando entraron en Francia por los Pirineos para perecer entre Poitiers y Tours bajo el hacha de los francos, mandados por Carlos Martel. El aspecto de las alturas era poco pintoresco. Lugares tostados, rojizos, ardientes, ponían de manifiesto la aridez de aquella tierra, en donde crece el castaño. Las aguas, cuidadosamente aplicadas á los regadíos, no vivificaban nada más que las praderas rodeadas de castaños y de setos, en donde crecía aquella hierba fina y rara, corta y casi azucarada, que produce esa raza de caballos arrogantes y delicados, sin gran resistencia para la fatiga, pero brillantes, excelentes en los lugares en que nacen, y sujetos á cambiar con su transplatación. Algunas moreras plantadas recientemente indicaban la intención de cultivar la seda. Como la mayor parte de las aldeas del mundo, Montagnac no tenía más que una sola calle, por donde pasaba la carretera. Pero había un Montagnac alto y otro bajo, divididos por callejuelas que formaban ángulo recto con la calle principal. Una fila de casas situadas en la cima de la colina ofrecía el alegre espectáculo de sus huertas formando gradas; para salir de estas casas á la calle, era necesario bajar algunos escalones, que eran en unas de tierra, en otras de piedra, y, aquí y allí, algunas viejas sentadas, hilando ó cuidando á sus hijos, animaban la escena, trabándose de este modo conversación entre el alto y el bajo Montagnac, hablándose de un lado á otro de la calle, por regla general apacible, y haciendo correr las noticias de un extremo á otro de la aldea. Las huertas, llenas de árboles frutales, de verduras, de cebollas, de legumbres, estaban todas provistas de una colmena. Después, otra fila de casas con huertas colocadas á la orilla del río, cuyo curso estaba señalado por cañamares y por aquellos árboles frutales que exigen terrenos húmedos, se extendían paralelamente á lo largo de la corriente; algunas, como la de la

posta, estaban situadas en alguna hondonada del terreno y favorecían de este modo la industria de algunos tejedores; y casi todas estaban amparadas de los rayos del sol por grandes nogales, árbol propio de tierras fuertes. Por esta parte, en el extremo de la gran llanura, había una casa espaciosa y mejor cuidada que las demás, en torno de la cual se agrupaban otras casas que también ofrecían mejor aspecto. Uno de estos caseríos, separado de la aldea por sus huertas, recibía ya el nombre de caserío de *Los Tascherón*, nombre que conserva aún hoy. La aldea era poca cosa por sí sola; pero dependían de ella una treintena de granjas esparcidas. En el valle, junto al río, algunos montones de cáñamo esparcidos, semejantes á los de la Marche y Berri, marcaban la corriente del agua, dibujando verdes franjas en torno de esta aldea, que yacía allí como un navío en plena mar. Cuando una casa, una tierra, una aldea ó un país, han pasado de un estado deplorable á un estado satisfactorio sin ser aún espléndido ni rico, la vida parece tan natural á los seres vivientes, que el espectador no puede adivinar nunca de pronto los inmensos esfuerzos, de infinita pequeñez y de grandiosa persistencia, ni el trabajo encerrado en los cimientos, ni las labores primitivas que fueron la base de los primeros cambios. De modo que cuando el joven sacerdote abrazó con una mirada este gracioso paisaje, no encontró en el nada de extraordinario. Ignoraba el estado de este país antes de la llegada del cura Bonnet. Había dado algunos pasos más después de subir el sendero, y, á cien toesas por encima de las huertas dependientes de las casas del alto Montagnac, volvió á ver la iglesia y el presbiterio que había visto ya de lejos, confusamente mezclados con las imponentes ruinas y envueltos por las plantas trepadoras del viejo castillo de Montagnac, que era una de las residencias de la casa Navarreins del siglo XII. El presbiterio, casa que debió ser construida en un principio para servir de albergue á un intendente ó á algún guarda principal, llamaba la atención por su vasta y elevada terraza plantada de tilos, desde la cual se dominaba todo el país. La escalera de esta terraza y los muros que la sostenían, gozaban de gran antigüedad, confirmada por los estragos

que en ellos había hecho el tiempo. Las piedras de la escalera, desencajadas por la fuerza imperceptible, pero continua, de la vegetación, dejaban brotar elevadas hierbas y plantas salvajes. El musgo que se adhiere á las piedras había tomado posesión de aquella parte de los escalones que no había sido rozada por los pies. Las numerosas familias de las parietarias, como la manzanilla y otras, brotaban abundantes y variadas entre las barbancas de la muralla, agrietada á pesar de su espesor. La botánica había extendido allí un elegante tapiz formado de helechos, de flores violáceas de pistilos de oro y de criptógamas morenas, tanto, que la piedra parecía ser únicamente un accesorio, y sólo podía verse á través de algunos agujeros de la espesura. En esta terraza, el mirto formaba preciosas figuras geométricas propias de un jardín, encuadrado por la casa del cura, sobre la cual, por un efecto de perspectiva, las rocas formaban un margen blanquecino adornado de árboles raquíticos y medio tumbados. Las ruinas del castillo dominaban esta casa y la iglesia. Este presbiterio, construido con piedra y mortero, constaba de un solo piso y remataba en enorme tejado que formaba un ángulo diedro, y bajo el cual se extendía un vasto desván que debía estar vacío á juzgar por el abandono en que se hallaban las claraboyas. El piso bajo se componía de dos cuartos separados por un corredor, en cuyo fondo había una escalera de madera por la cual se subía al primer piso, compuesto también de dos cuartos. Una cocinita estaba adosada á este edificio por la parte del corral, en donde se veían una cuadra y un establo completamente desiertos, inútiles y abandonados. La huerta separaba la casa de la iglesia. Una ruinoso galería iba desde el presbiterio á la sacristía. Cuando el joven sacerdote vió las cuatro ventanas, los muros negruzcos y cubiertos de musgo, y la puerta de este presbiterio, que era de madera vieja y llena de hendiduras, lejos de admirar la adorable sencillez de estos detalles, la gracia de las vegetaciones que adornaban los tejados, los repechos de madera podrida de las ventanas y las grietas por donde se escapaban las locas plantas trepadoras para encaramarse por las ramas de una parra, cuyos pámpanos y gajos entraban por las ventanas como si qui-

siesen inspirar á los moradores risueñas ideas, se consideró muy feliz viéndose obispo en perspectiva, más bien que cura de aldea. Esta casa, abierta siempre, parecía pertenecer á todo el mundo. El abate Gabriel entró en la sala que comunicaba con la cocina, y vió que estaba provista de un mueblaje muy pobre: una mala mesa de vieja encina, un sofá, unas sillas de madera y un armario viejo por alacena. La cocina sólo estaba ocupada en este momento por un gato, que revelaba la existencia de una mujer en la casa. La otra pieza servía de sala. Dirigiéndole una ojeada, el joven sacerdote vió unos sofás de madera natural tapizados. El maderamen y las vigas del techo eran de castaño ennegrecido como el ébano. Había allí, además, un reloj dentro de una caja pintada de verde con flores, una mesa cubierta con un tapete verde muy usado, algunas sillas, y sobre la chimenea dos quinqués, entre los cuales se veía, dentro de un fanal de vidrio, un niño Jesús de cera. La chimenea, que estaba revestida de madera esculpida groseramente, estaba cerrada por una mampara de papel pintado, cuya pintura representaba al buen Pastor con la oveja en hombros, cosa que había sido indudablemente algún regalo con que la hija del alcalde ó del juez de paz quisieron pagar al cura los cuidados de su educación. El lastimoso estado de la casa causaba pena. Las paredes, blanqueadas con cal en otro tiempo, estaban negras á intervalos, y mugrientas á la altura de un hombre; la escalera, de gruesos balaustres y tramos de madera, aunque muy limpia, parecía que había de temblar bajo el peso de una persona. En el fondo, enfrente de la puerta de entrada, otra puerta abierta que daba al jardín, permitió al abate de Rastignac darse cuenta de su poca longitud. Este jardín estaba cercado por un muro construido con la friable y blanquecina piedra de la montaña, y provisto de ricos espaldares y de crecidas parras mal cuidadas, cuyas hojas estaban devoradas por la lepra. El joven cura volvió sobre sus pasos, paseó por entre los caminos del primer jardín, desde donde se ofreció á sus ojos, mirando por encima de la aldea, el magnífico espectáculo del valle, verdadero oasis situado en el extremo de vastas llanuras que, veladas por las ligeras brumas de la

mañana, parecían una mar en calma. Volviendo la vista atrás, se veían, de un lado, la vasta extensión del bronceado bosque, y del otro, la iglesia y las ruinas del castillo encaramadas sobre la roca, pero que se destacaban vivamente en el azul del éter. Haciendo crujir bajo sus pasos la arena de los caminitos en forma de estrella, circulares y romboides, el abate Gabriel miró sucesivamente la aldea, cuyos habitantes, reunidos en grupos, le examinaban ya, y el fresco valle con sus caminos bordeados de espinos silvestres y su río orillado de sauces que tan bien se oponían á lo infinito de las llanuras; entonces experimentó sensaciones que cambiaron la naturaleza de sus ideas, admiró la calma de aquellos lugares, quedó sometido á la influencia de aquel aire puro y á la paz inspirada por la revelación de una vida con tendencias á la sencillez bíblica; y entrevió confusamente las bellezas de aquel curato, entrando de nuevo en el presbiterio para examinar sus detalles con seria curiosidad. Una muchachita, encargada sin duda de guardar la casa, pero que se ocupaba en merodear por la huerta, oyó los pasos de un hombre calzado con botas chillonas y que andaba sobre las baldosas de las dos salas bajas. La niña se dirigió hacia allí. Asombrada al verse sorprendida con una fruta en la mano y otra en la boca, no respondió nada á las preguntas de aquel hermoso, joven y elegante sacerdote. La pequeña no creyó nunca que pudiese existir un cura semejante, que usaba fina ropa de batista, y que iba muy peripuesto, vestido con un traje de hermoso paño negro, sin una mancha ni una arruga.

—El señor Bonnet...—dijo la niña, por fin,—el señor Bonnet... está diciendo misa, y la señorita Úrsula está en la iglesia.

El abate Gabriel no había visto la galería que comunicaba el presbiterio con la iglesia, y, por lo tanto, tomó otra vez el sendero para entrar en ella por la puerta principal. Aquella especie de pórtico en forma de alero daba entrada en la iglesia al público de la aldea; y se llegaba á él subiendo algunos escalones formados por piedras desunidas y gastadas que dominaban una plaza surcada por las aguas y adornada por grandes olmos, cuya plantación había ordenado el pro-

testante Sully. Esta iglesia, que es una de las más pobres de Francia, á pesar de que las hay muy pobres, se parecía á uno de esos enormes hórreos que tienen para abrigo su puerta una especie de prolongación del tejado, sostenida por columnas de madera ó de ladrillo. Construida con piedra y mortero, como la casa del cura, y cubierta por grandes tejas, esta iglesia tenía por adornos exteriores las creaciones más ricas de la escultura, pero enriquecidas por la luz y por las sombras y retocadas y coloreadas por la naturaleza, que es tan buen artista como Miguel Angel. Por ambos lados, la hiedra abrazaba las paredes con sus nerviosos tallos, ostentando á través de su follaje tantas venas como pueden verse en el cuerpo de un desollado. Esta capa, echada por el tiempo para cubrir las heridas que había hecho, estaba salpicada por las flores de otoño nacidas entre piedra y piedra, y daba asilo á multitud de pájaros que cantaban. La ventana en forma de rosetón que se veía encima del alero que resguardaba la puerta, estaba rodeada de campanillas azules, como la primera página de un misal ricamente ilustrado. La fachada que comunicaba con el presbiterio, de cara al norte, estaba menos florecida, y su pared se veía de un color gris y rojo á intervalos, según que estuviese ó no cubierta por el musgo; pero la otra fachada y la parte trasera rodeadas por el cementerio, ofrecían florescencias abundantes y variadas. Algunos árboles, entre otros un almendro, que es uno de los emblemas de la esperanza, crecían allí. Dos pinos gigantes, adosados á la parte trasera, servían de pararrayos. El cementerio, cercado por una paredita ruinosa cuyos escombros le hacían alcanzar aún la altura de un hombre, tenía por adorno una cruz de hierro sustentada por un pedestal y adornada con mirtos benditos por la Pascua, bendición esta que obedece á uno de los tantos conmovedores pensamientos cristianos que se han olvidado ya en las ciudades. El cura de aldea es el único sacerdote que va á decir á sus muertos el día de la resurrección pascual: «¡Volveréis á vivir felices!» Aquí y allá algunas cruces carcomidas jaloneaban las eminencias del terreno cubierto de hierbas.

El interior estaba en perfecta armonía con el aban-

dono poético de aquel humilde exterior, cuyo lujo era debido al tiempo, que se había mostrado caritativo una vez. En el interior llamaba la atención, en primer lugar, el techo, forrado interiormente con maderas de castaño, á las que la edad había dado los más ricos tonos de la vieja madera de Europa, y que á distancias iguales eran sostenidas por fuertes soportes apoyados á su vez en vigas transversales. Las cuatro paredes, blanqueadas con cal, no tenían ningún adorno. La miseria había hecho iconoclasta á aquella parroquia sin saberlo. La iglesia, provista de bancos, recibía la luz por cuatro ventanas laterales de forma ojival. El altar, en forma de sepulcro, tenía por todo adorno un gran crucifijo colocado en cima de un tabernáculo de nogal decorado con algunas molduras limpias y relucientes; ocho candelabros de madera pintada de blanco, destinados á sustentar cirios económicos, y, por fin, dos floreros de porcelana llenos de flores artificiales que hubiesen sido despreciados hasta por un portero, y con los cuales se contentaba Dios. La lámpara del santuario estaba formada por una antigua pila de agua bendita portátil y de cobre plateado, suspendida de unos cordones de seda, cosas todas que provenían, sin duda, de la demolición de algún palacio. Las pilas bautismales eran de madera, lo mismo que el púlpito, y una especie de jaula destinada á los mayordomos y patricios de la aldea. Un altar de la Virgen ofrecía á la admiración pública dos litografías en colores, encerradas en pequeños marcos cuadrados. El altar estaba pintado de blanco y adornado con flores artificiales sustentadas por floreros de madera dorada y cubierto por un mantel festoneado con unos malos encajes. En el fondo de la iglesia, una larga ventana, cubierta con una gran cortina de indiana encarnada, producía un efecto mágico. Esta rica cortina de púrpura daba un tinte rosáceo á las paredes blanqueadas con cal; y parecía que un pensamiento divino brotase del altar y abrazase aquella pobre nave para darle vida y calor. El pasillo que conducía á la sacristía ofrecía en una de sus paredes la imagen del patrón de la aldea, un gran San Juan Bautista con su carnero, esculpido en madera y horriblemente pintados. A pesar de tanta pobreza, esta iglesia no carecía de las

dulces armonías de que tanto gustan las almas hermosas y que tan bien saben poner de relieve los colores. Las ricas tintas morenas de la madera hacían resaltar de un modo admirable el blanco puro de las paredes, y se unían sin discordancia con la triunfal púrpura que reflejaba la cortina. Esta severa trinidad de colores recordaba el gran pensamiento católico. Al ver aquella raquítica casa de Dios, aunque el primer sentimiento era la sorpresa, iba siempre seguido de una admiración mezclada con piedad. ¿No denotaba la miseria del país? ¿No estaba de acuerdo con la sencillez del presbiterio? Por otra parte, todo se veía allí limpio y bien cuidado. Se respiraba allí un perfume de virtudes campestres, y nada denotaba el abandono. Aunque rústica y sencilla, aquella mansión estaba habitada por la oración, y tenía un alma. Todo esto se adivinaba sin explicarse el cómo.

El abate Gabriel entró muy despacito para no turbar el recogimiento de dos grupos arrodillados en las primeras filas de bancos, al lado del altar mayor, que estaba separado de la nave, en el lugar en que pendía la lámpara, por una balaustrada de castaño bastante tosca y cubierta con la colgadura destinada á la comunión. A uno y otro lado de la nave había una veintena de aldeanos y aldeanas que rezaban fervorosamente y que no hicieron caso alguno del extranjero cuando atravesó el estrecho camino que dividía las dos filas de bancos. Al llegar bajo la lámpara, lugar desde donde se podían ver las dos pequeñas naves que figuraban la cruz, y de las cuales la una conducía á la sacristía y la otra al cementerio, el abate Gabriel vió en la parte del cementerio una familia vestida de luto y arrodillada sobre el pavimento; estas dos partes de la iglesia carecían de bancos. El joven sacerdote se prosternó sobre el tramo de la balaustrada que separaba el altar de la nave, y se puso á rezar, examinando con una mirada oblicua aquel espectáculo, que muy pronto le quedó explicado. El evangelio estaba dicho. El cura se quitó la casulla y dejó el altar para aproximarse á la balaustrada. El joven sacerdote, que previó este movimiento, se adosó á la pared antes de que el señor Bonnet pudiese verle. Daban las diez.

—Hermanos míos,—dijo el cura con voz emocionada;

—en este momento, un hijo de la parroquia va á pagar su deuda á la justicia humana, sufriendo el último suplicio, y nosotros ofrecemos el santo sacrificio de la misa por el descanso de su alma. Unamos nuestras oraciones á fin de obtener de Dios que no abandone á este muchacho en sus últimos momentos, y que su arrepentimiento le haga acreedor en el cielo á la gracia que le ha sido negada en la tierra. La pérdida de ese desgraciado, que es uno de aquellos de quien yo había esperado siempre que había de dar buenos ejemplos, no puede atribuirse nada más que al desconocimiento de los principios religiosos...

El cura quedó interrumpido por unos sollozos que saltan del grupo formado por la familia vestida de luto, en la que el joven sacerdote, al observar su aflicción, reconoció á la familia Tascherón, á pesar de que no los había visto nunca. En aquel grupo se veían, en primer lugar, adosados á la pared, dos ancianos lo menos septuagenarios, dos rostros llenos de profundas é inmóviles arrugas y relucientes como un bronce florentino. Estos dos personajes, que se mantenían estocadamente de pie como estatuas, con sus ropas remendadas, debían ser el abuelo y la abuela del condenado. Sus ojos rojizos y vidriosos parecían llorar sangre, y sus brazos temblaban tanto que los báculos en que se apoyaban hacían un pequeño ruido sobre el pavimento. Después de ellos, el padre y la madre, con la cara escondida entre sus pañuelos, derramaban un mar de lágrimas. En torno de estos cuatro jefes de familia se veían dos hermanas casadas, acompañadas de sus maridos y de tres hijos que estaban aledados por el dolor. Cinco niños arrodillados, de los cuales el mayor no tenía más que siete años, no comprendían, sin duda, lo que aquello significaba; miraban, escuchaban con la curiosidad torpe en apariencia que distingue al aldeano, pero que es la observación de las cosas físicas llevadas á su más alto grado. Finalmente, la pobre muchacha que había estado presa por los caprichos de la justicia, aquella Dionisia, mártir de su amor fraternal, escuchaba con un aire que participaba del extravío y de la incredulidad. Para ella su hermano no podía morir. Ella representaba admirablemente á aquella de las tres Marías

que no creía en la muerte de Cristo á pesar de haber participado de su agonía. Pálida, con los ojos secos, como están los de las personas que han velado mucho, su frecura estaba ya ajada, más bien por el pesar que por los trabajos campestres, pero tenía aún la belleza de las muchachas del campo, formas llenas y rechonchas, hermosos y rosados brazos, cara redonda y ojos puros alumbrados en este momento por el brillo de la desesperación. Del cuello abajo se veía una carne fresca y blanca que el sol no había ennegrecido, y que anunciaba sus hermosas carnes y su blancura oculta. Las dos muchachas casadas lloraban; sus maridos, pacientes labradores, estaban graves. Los otros tres muchachos, profundamente tristes, tenían los ojos clavados en tierra. En este horrible cuadro de desolación y de dolor sin esperanza, Dionisia y su madre eran las únicas que no parecían resignadas. Los demás vecinos se asociaban á la aflicción de aquella familia respetable por medio de una sincera y piadosa conmiseración que daba á todos los rostros la misma expresión y que llegó hasta el espanto cuando las pocas frases del cura dieron á entender que el cuchillo caía en aquel momento sobre la cabeza de aquel joven que todos conocían, habían visto nacer y habían juzgado incapaz de cometer un crimen. Los sollozos que interrumpieron la sencilla y corta alocución que el sacerdote tenía que hacer á sus feligreses, le turbaron hasta el punto que calló de repente, como invitándose á rezar fervorosamente. Aunque este espectáculo no tenía nada de sorprendente para un sacerdote, Gabriel de Rastignac era demasiado joven para que no fuese profundamente conmovido. El no había ejercido aún las virtudes del sacerdote; sabía que estaba llamado á otros destinos; no tenía que ir á todas las luchas sociales en donde el corazón sangra al presenciar los males que las obstruyen; su misión era la del alto clero que mantiene el espíritu del sacrificio, representa á la inteligencia superior de la Iglesia, y, en las ocasiones extraordinarias, despliega esas mismas virtudes en más grandes escenarios, como hicieron los ilustres obispos de Marsella y de Meaux, y los arzobispos de Arles y de Cambrai. Esta pequeña reunión de gentes del campo llorando y rezando por el que supo-

nian ajusticiado en una gran plaza pública, delante de millares de personas llegadas de todas partes para aumentar aún el suplicio con una inmensa vergüenza; este débil contrapeso de simpatías y de oraciones, opuesto en un todo á aquella multitud de curiosidades feroces y de justas maldiciones, conmovía á cualquiera, sobre todo en aquella pobre iglesia. El abate Gabriel estuvo tentado de ir á decir á los Tascherón: «Vuestro hijo, vuestro hermano, ha obtenido una prórroga.» Pero temió turbar la misa y, por otra parte, sabía que aquella prórroga no había de impedir la ejecución. En lugar de seguir oyendo atentamente el santo oficio, se vió arrasado irresistiblemente á observar al pastor de quien se esperaba el milagro de la conversión del criminal. Por el aspecto del presbiterio, Gabriel de Rastignac se había hecho un retrato imaginario del señor Bonnet: un hombre gordo y pequeño, de rostro vulgar y encarnado, un rudo trabajador medio aldeano y tostado por el sol. Lejos de eso, el abate Gabriel encontró allí á un igual. Pequeñito y débil en apariencia, el señor Bonnet llamaba la atención, sobre todo, por su rostro animado semejante al que se atribuye á los apóstoles, rostro casi triangular que empezaba con una ancha frente surcada de arrugas, y que quedaba cerrado por las dos líneas que dibujaban sus enjutos carrillos, las cuales, partiendo de las sienes, iban á unirse en la punta de la barba. En este rostro, cuyo color amarillento acusaba el sufrimiento, brillaban dos ojos de un azul luminoso de fe y ardiente de viva esperanza. Estaba dividido por una nariz larga, delgada y recta, de fosas proporcionadas, bajo las cuales hablaba siempre, hasta cuando estaba cerrada, una boca grande de labios gruesos, de donde salía una de esas voces que hablan al corazón. Sus cabellos castaños, ralos, finos y lisos anunciaban un temperamento pobre sostenido por un régimen sobrio. La voluntad constituía toda la fuerza de este hombre. Sus cortas manos hubiesen indicado en cualquiera otro una tendencia hacia los placeres mundanos, y es muy probable que, como Sócrates, hubiese éste vencido sus malas inclinaciones. Su delgadez le afeaba mucho. Sus hombros eran demasiado salientes. Sus rodillas parecían torcidas. El busto, demasiado desarro-

llado comparado con las extremidades, le daba el aspecto de un jorobado sin joroba. En una palabra, que resultaba ser poco simpático. La gente que conoce los milagros del pensamiento, de la fe y del arte, era la única que podía admirar aquella mirada inflamada del mártir, aquella palidez de la constancia y aquella voz del amor que distinguían al cura Bonnet. Este hombre, digno de la Iglesia primitiva que no existe ya nada más que en los cuadros del siglo xvi y en las páginas del martirologio, llevaba el sello de esas grandezas humanas que más se aproximan á las divinas, por la convicción, cuyo indefinible relieve embellece los rostros más vulgares y dora la cara de los hombres dedicados á un culto cualquiera, del mismo modo que el amor digno realza con una especie de brillo el rostro de la mujer. La convicción es la voluntad humana llegada al supremo poder. Efecto y causa á la vez, impresiona á las almas más frías, es una especie de elocuencia muda que llega á imperar sobre las masas.

Al bajar del altar, el cura encontró la mirada del abate Gabriel; lo reconoció, y cuando el secretario del obispo se presentó en la sacristía, Úrsula, que había recibido ya órdenes de su amo, invitó al joven sacerdote á que la siguiese.

—Señor,—dijo Úrsula, mujer de edad canónica, mientras llevaba al cura Rastignac por la galería del jardín,—el señor cura me ha dicho que le preguntase si había almorzado. Debe usted haber salido muy temprano de Limoges para estar aquí á las diez, y, por lo tanto, voy á prepararle el almuerzo. No encontrará aquí la mesa de monseñor; pero haremos lo que podamos. El señor Bonnet no tardará en venir; ha ido á consolar á esas pobres gentes... á los Tascherón... Hoy es el día en que su hijo habrá pasado el terrible trance.

—Pero ¿dónde viven esas buenas gentes?—dijo, por fin, el abate Gabriel.—Según las órdenes de monseñor, el cura Bonnet tendrá que ponerse en camino en el acto para Limoges. Ese desgraciado no ha sido ejecutado hoy, pues monseñor ha obtenido una prórroga.

—¡Ah!—dijo Úrsula cuya lengua rabiaba ya por extender esta noticia,—el señor puede ir á llevarles ese consuelo mientras que preparo el almuerzo. La casa de

los Tascherón está al extremo de la aldea. Siga usted todo derecho este sendero y la encontrará.

Cuando Úrsula perdió de vista al abate Gabriel, bajó para sembrar aquella noticia por la aldea, al mismo tiempo que iba á buscar las cosas necesarias para el almuerzo.

El cura acababa de saber en la iglesia la desesperada resolución que la negativa del recurso de casación había inspirado á los Tascherón. Estas buenas gentes dejaban el país, y aquella misma mañana tenían que recibir el precio de sus bienes vendidos de antemano. La venta había exigido detalles y formalidades imprevistos para ellos. Obligados á permanecer en el país después de la condena de Juan Francisco, cada día que pasaba era para esta gente un nuevo cáliz de amargura que apurar. Este proyecto, llevado á cabo con gran misterio, no se supo hasta la víspera del día en que la ejecución tenía que verificarse. Los Tascherón creyeron que podrían abandonar el país antes de aquel fatal día; pero el comprador de sus bienes era un hombre extraño al concejo, un correziano á quien las causas de la venta eran indiferentes, y que, por otra parte, había recibido sus fondos con retraso. De este modo la familia se vió obligada á sufrir su desgracia hasta el fin. El sentimiento que dictaba aquella expatriación era tan violento en aquellas almas sencillas, poco acostumbradas á transacciones con la conciencia, que el abuelo y la abuela, las hijas y sus maridos, el padre y la madre, en una palabra, todos los que llevaban el nombre de Tascherón ó que tenían parentesco cercano con ellos, abandonaban el país. Aquella emigración apenaba á todo el concejo. El alcalde había ido á rogar al cura que intentase retener á aquellas buenas gentes. Según la nueva ley, los padres no responden de los hijos, y el crimen del padre no mancha á su familia. En armonía con las diferentes emancipaciones que tanto han debilitado al poder paterno, este sistema ha hecho que triunfe el individualismo que devora á la sociedad moderna. Así es que el que piensa en las cosas del porvenir, ve destruido el espíritu de familia, allí donde los redactores del nuevo código han implantado el libre albedrío y la igualdad. La familia será siempre la base

de las sociedades. Necesariamente temporal, incesantemente dividida, recompuesta para disolverse de nuevo, sin lazos entre el porvenir y el pasado, la familia de otros tiempos no existe ya en Francia. Los que han procedido á la demolición del antiguo edificio han sido lógicos repartiendo por partes iguales los bienes de la familia, debilitando la autoridad del padre, haciendo de todo hijo el jefe de una nueva familia y suprimiendo las grandes responsabilidades; pero ¿es tan sólido con sus recientes leyes, que aun no han sufrido grandes pruebas, este estado social reconstituido, como lo era la monarquía, á pesar de sus antiguos abusos? Perdiendo las familias la solidaridad, la sociedad ha perdido aquella fuerza fundamental que Montesquieu había descubierto y llamado el *honor*. Lo ha aislado todo para dominar mejor, lo ha repartido todo para debilitar. Reina sobre unidades, sobre cifras aglomeradas como granos de trigo en un montón. ¿Pueden los intereses generales reemplazar á la familia? El tiempo tiene la solución de este gran enigma. Sin embargo, la antigua ley subsiste, pues ha echado raíces tan profundas que aun se vuelven á encontrar en las regiones polares. Existen aún rincones de provincias en donde aun subsiste lo que se llama preocupación, y en donde la familia sufre el crimen de uno de sus hijos ó de uno de sus padres. Esta creencia hacía inhabitable este país á los Tascherón. Su profunda devoción les había llevado á la iglesia por la mañana: ¿era posible que dejaran decir la misa ofrecida á Dios para rogarle que inspirase á su hijo un arrepentimiento que le concediese la gloria, sin que ellos la oyesen? Además, ¿habían de marcharse sin despedirse del altar de su aldea? Pero el proyecto estaba consumado. Cuando el cura, que los siguió, entró en su principal casa, encontró los sacos preparados para el viaje, y al comprador esperando con su dinero á los vendedores. El notario acababa de levantar las actas. En el patio, detrás de la casa, una calesa preparada tenía que llevar á los ancianos y á la madre de Juan Francisco. El resto de la familia contaba partir á pie por la noche.

En el momento en que el joven sacerdote entró en la sala baja en donde se encontraban reunidos todos estos

personajes, el cura Bonnet había agotado todos los recursos de su elocuencia. Los dos ancianos, insensibles á fuerza de dolor, estaban acurrucados sobre sus sacos en un rincón, mirando su antigua casa solariega, sus muebles y al comprador, y mirándose mutuamente como para decirse: ¿quién había de decirnos que hubiese de ocurrir cosa semejante? Estos ancianos, que desde hacía ya tiempo habían resignado su autoridad en su hijo, el padre del criminal, habían descendido, como viejos reyes después de su abdicación, al papel sencillo de menores de edad ó de niños. Tascherón estaba de pie y escuchaba al pastor, á quien respondía en voz baja y por medio de monosílabos. Este hombre, que tendría unos cuarenta y ocho años, tenía una cara parecida á las que el Ticiano atribuye á todos sus apóstoles: una cara de fe, de probidad seria y firme, un perfil sereno, nariz cortada en ángulo recto, ojos azules, frente noble, facciones regulares, cabellos negros, crespos, resistentes, plantados con aquella simetría que da tanto encanto á esos rostros curtidos por los trabajos al aire libre. Era fácil comprender que los razonamientos del cura se estrellaban contra una voluntad inflexible. Dionisia estaba apoyada en la masera, mirando al notario que se servía de este mueble como mesa de escritorio, y á quien habían dado el sofá de la abuela para que se sentase. El comprador estaba sentado sobre una silla al lado del notario. Las dos hermanas casadas ponían el mantel en la mesa, y servían la última comida que los antepasados iban á hacer y á ofrecer en su casa y en su país, antes de ir en busca de cielos desconocidos. Los hombres estaban medio sentados en una cama con colcha de sarga verde. La madre, trabajando al lado de la chimenea, batía huevos para una tortilla. Los niños obstruían la puerta, cuya parte exterior estaba ya ocupada por la familia del comprador. La vieja y ahumada sala, de negras vigas, por cuya ventana se veía una huerta muy bien cultivada, cuyos árboles habían sido plantados por aquellos dos septuagenarios, estaba en armonía con sus dolores concentrados, que con tan diferentes expresiones se leían en sus caras. La comida se había preparado más que nada para el notario, para el comprador y para todos los niños y hombres. El padre

y la madre, Dionisia y sus hermanas, tenían el corazón demasiado apenado para que pudiesen comer. Había una alta y cruel resignación en el cumplimiento de aquellos últimos deberes de hospitalidad campestre. Los Tascherón, aquellos hombres antiguos, acababan como habían empezado, haciendo los honores de su casa. Cuando el secretario del obispo fué á comunicar al cura de Montegnac las intenciones del prelado, aquel cuadro sin énfasis, y no obstante lleno de solemnidad, llamó su atención.

—El hijo de ese buen hombre vive aún,—dijo Gabriel al cura.

Al oír estas palabras, que fueron comprendidas por todos en medio del silencio, los dos ancianos se irguieron como si la trompeta del juicio final hubiese sonado. La madre dejó caer la sartén en el fuego. Dionisia dió un grito de alegría. Los demás fueron presa de una estupefacción que los dejó petrificados.

—¡Juan Francisco ha sido indultado!—gritó de pronto la aldea entera, que se dirigió á casa de los Tascherón.

—El señor obispo ha sido el que...

—¡Ya sabía yo que era inocente!—dijo la madre.

—¿Esto no será obstáculo para que se terminen los tratos?—dijo el comprador al notario, que le respondió con un signo satisfactorio.

El abate Gabriel pasó á ser por un momento el objeto de todas las miradas, su tristeza hizo sospechar un error, y, para no disiparlo él mismo, salió seguido del cura, y una vez fuera de la casa, despidió á la multitud, diciendo á los que estaban más próximos que la ejecución sólo estaba aplazada. El tumulto quedó reemplazado inmediatamente por un horrible silencio. En el momento en que el abate Gabriel y el cura entraron, vieron en todas las caras la expresión de un horrible dolor que denotaba que el silencio de la aldea había sido comprendido.

—Amigos míos, Juan Francisco no ha obtenido el indulto,—dijo el joven sacerdote viendo que la primera impresión había pasado;—pero el estado de su alma ha inquietado de tal modo á monseñor, que ha trabajado para retrasar el último día de vuestro hijo, y ver si se logra al menos salvarlo en la eternidad.